

Veintidós cuentos picantes

Félix María Samaniego

Índice

El jardín prohibido	7
Prólogo	13
I. Los gozos de los elegidos	21
II. El reconocimiento	25
III. El loro y la cotorra	29
IV. El voto de los Benitos	33
V. El cabo de vela	37
VI. Las lavativas	41
VII. La fuerza del viento	43
VIII. La poſtema	47
IX. La receta	51
X. El cuervo	55
XI. La sentencia juſta	57
XII. Diógenes en el Averno	61
XIII. La medicina de san Agustín	65
XIV. Once y trece	69
XV. La oración de san Gregorio	73
XVI. Los nudos	77
XVII. El resfriado	81
XVIII. La paga adelantada	83
XIX. Cualquier cosa	85
XX. El cañamón	89
XXI. El ¿pues y qué?	91
XXII. Las bendiciones de aumento	95



El jardín prohibido

A la memoria de Fernando Quiñones (1931-1998)

Frente a las casi doscientas ediciones de las *Fábulas* de Samaniego recogidas por Emilio Palacios en su completa y documentada biobibliografía,¹ más de la mitad de las cuales correspondían al siglo XIX, hubo de esperarse hasta casi el final de dicho siglo para que alguno de los textos que integran este libro conociera la luz pública, aun pudiendo suponerse con fundamento que circularan por el común en su estado manuscrito, en imprevisibles y progresivamente corrompidas copias, pasando luego a engrosar una cierta tradición oral, aquella a la que el tipo de literatura que ejemplifican solía verse condenado a alimentar y que, obviamente, no era enteramente de dominio público, sino antes bien oculta o, más propiamente, «secreta».

Fue el hispanista francés Raymond Foulché-Delbosch quien en la Barcelona de 1899 dio a la stampa un cancionero antológico de poesía erótica del XVIII, bajo el sugestivo título *Cuentos y poesías más que picantes*, título que se nos antoja más cercano al espíritu² original de los autores (y al de Samaniego en particular)

1 Emilio Palacios Fernández, *Vida y obra de Samaniego*. Institución Sancho el Sabio, Vitoria, 1975.

2 Léase, más modestamente, «a las fuentes»: «Visita de Samaniego, que reside en la hacienda de Juramendi; graciosísima conversación. Nos recitó algunos versos de su descripción del Desierto de Bilbao, dos de sus nuevos

que aquel de Jardín de Venus³ con el que el erotólogo andaluz Joaquín López Barbadillo bautizó la edición aparecida en su «Biblioteca» en 1921, y que, reeditada a finales de los setenta por Ramón Akal, dotó a los cuentos de una cierta popularidad entre los aficionados al género convirtiéndose en la más frecuentada de las ediciones modernas del texto.

Bajo cualquiera de ambas denominaciones pueden contarse con los dedos de las manos las ediciones antiguas y modernas de esta obra, la más accesible y completa de las cuales es la del ya citado Emilio Palacios, *El jardín de Venus*, aparecida en la colección Memorias Corporales,⁴ y que hoy puede rastrearse en los saldos, junto al no menos recomendable y ameno *Arte de las putas*, de Nicolás Fernández de Moratín.⁵

Desde 1998, fecha en que dimos a la estampa esta selección de los *Cuentos*, han aparecido media docena más de ediciones de *El*

.....

cuentos de que hace una colección, todo saladísimo...» (Gaspar Melchor de Jovellanos, *Diarios*, Alianza Editorial, Madrid, 1967, pág. 49). O bien en Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, Libro VI, Capítulo III: «Compuso, pues, Samaniego, aparte de sus fábulas, una copiosa colección de cuentos verdes, que algunos de sus amigos más graves (mentira parecería si no conociéramos aquel siglo) le excitaban a publicar, y que todavía corren manuscritos o en boca de la gente por tierras de Álava y La Rioja» (BAC, Madrid, 1987. Vol. II, pág. 541).

3 *Jardín de Venus. Colección absolutamente íntegra de graciosos cuentos libertinos*. Manuscrito hallado y publicado por Joaquín López Barbadillo. Madrid. Imprenta Artística, 1921.

4 A-Z Ediciones y Publicaciones, S. A., Madrid, 1991

5 Nicolás Fernández de Moratín, *Arte de las putas*. Edición de Enrique Velázquez. A-Z Ediciones y Publicaciones, S. A. Madrid, 1990. Ambos títulos, el de Samaniego y el de Moratín, habían sido anteriormente editados por Editorial Siro, en 1977.

Prólogo

(De la edición de Joaquín López Barbadillo)

Ibamos a los Picos de Europa. Mediaba ya septiembre. Llovía mucho y nos hubimos de quedar en Espinama, al pie de los pelados montes de epopeya, a la espera de que quisiera el sol romper un día las nubes para permitirnos subir. Es este lugar de Espinama el más humilde, el más abrupto y el más bello que quepa imaginar. Perdido en un rincón de España que es a la vez Cantabria, Asturias y León, se llega aquí por caminos de cabras, dejando atrás Congarma, Beares, Baró, San Pelayo, Camaleño, Cosgaya, al lento y temeroso andar de los caballos, que hay que descabargar a veces y llevar de la brida, por miedo de caer, jinete en ellos, a lo profundo de algún barrancal. Tierras de frío, de sombra, de leyenda y silencio; ni aun se oye el piar de un pájaro; quizás de cuando en cuando, al atajar leguas y leguas por el Monte Oscuro, sentís un repentino crujir de matorrales como si un oso fugitivo los desgajase en su torpe carrera. Tan solamente, siempre, en lo hondo de su cauce, inacabable grieta abierta en la montaña por el hacha de Dios, va el Deva repitiendo su murmullo pausado, cual los versos iguales y monótonos de algún romance viejo.

Es domingo, y entramos a misa en Espinama. El pueblecito entero, unas noventa o cien personas, se ha congregado a cumplir el precepto en la pobre iglesuca, sobre cuya espadaña pen-

den, mustias y desgarradas por la lluvia, unas azules banderitas de papel con que se engalanara para recibir al obispo de León, que en estos días anda por la montaña como un prelado recio y apostólico de los tiempos antiguos, montado en su hacanea tradicional y mansa, haciendo la visita pastoral. El templo es humildísimo: un exiguo rectángulo, presidido por un retablo mísero, bello en su tosquedad aldeana, y, en las dos paredes fronterizas, dos altarcitos más. Por no sabemos qué excepción de la liturgia, el cura, aunque es domingo, lleva casulla negra. Es un ancianito muy seco, muy enjuto, todo serenidad y sencillez, que da la sensación de haber nacido allí, de haber vivido siglos y siglos arraigado a aquel suelo; con la faz ocre, de color de tierra, y la cabeza llena de nieve de los Picos. Cuando llegamos, ha acabado la epístola y, vuelto hacia el concurso atento y rudo, hace pausadamente, con verbo familiar y vacilante, la plática dominical:

—Esto, ya digo, es porque no tenéis temor de Dios... El demonio, ya digo, está siempre al acecho...

Sigue la misa, que canta el buen párroco y que contesta el pueblo a coro. En el presbiterio, a ambos lados, tres filas de blancos envían, diluida, hasta los pies del templo, una tenue luz fantasmal. Sobre las gradas del altar mayor están arrodillados los niños lugareños; llenan las mujerucas el centro de la nave, y al fondo, tras la pila bautismal, los hombres se amontonan en la estrecha tarima que viene a ser el coro. Nosotros, temerosos de que nuestra profanidad turbe el sosiego de la santa misa, nos hemos acercado a un banco que hay cerca de la puerta y nos arrodillamos junto a él. Es un antiguo banco, de esos macizos bancos de nogal, nobles reliquias del puro arte español, sobrecargados de pasmosas tallas de grifos, angelotes, rosetones y cruces florecidas, lo mismo en el respaldo que en el arcón que les sirve de

asiento. La belleza del mueble venerable nos atrae aún más que el mismo emotivo espectáculo de aquel austero rito popular, ingenuo y primitivo. El mohoso herraje de la cerradura está falto de aldaba, y nos tienta el misterio del arcón. Primero con astucia de chiquillos traviesos y curiosos, después con osadía de casi bandoleros, levantamos la tapa un poquitín más, una vez, varias veces... Vemos difícilmente entre las semitinieblas del recinto. El arcón está lleno de libros, de papeles...

En esto, ha concluido la misa. El viejo párroco de la cabeza blanca ha bendecido en el altar mayor un ancho plato de madera lleno de pedazos de pan. Un grave hombre del pueblo, alto y enjuto, a modo de seglar preste o mayordomo, va presentando el plato a cada circunstante y brindándole el pan simbólico y fraterno. Cada cual toma un trozo. El mayordomo se acerca a nosotros también. Y ha debido de ver nuestra maniobra, porque al par que nos tiende la rústica bandeja, nos habla llanamente:

—¿Le gustan los papeles viejos, señor?

—No, no, señor... Sí... Es decir, era solo curiosidad... —tartamudeamos, azorados.

—Luego, si quiere, los verá. Usted es el que vino *antiyer* de Potes a los Picos, ¿no?

Es amigo del guía, de aquel montañés viejo de Tresviso, ágil como un rebeco, que va a llevarnos a las cumbres peladas y que en las monterías regias de otro tiempo le hablaba de tú al rey Alfonso XII. Por el guía sabe a qué hemos ido allí.

Y cuando soñolientos, callados y cansinos, calzándose en el atrio los zuecos que al penetrar dejaron apareados en la puerta, por no turbar con su chocheo el respeto de la casa de Dios, van saliendo de ella los pobres feligreses, me conduce el hombre a trabarme en grata y campechana plática con el venerable pastor.

I

Los gozos de los elegidos

Iba un guardia de corps, lector amado,
a más de media noche, apresurado
a su cuartel y, al revolver la esquina
de la calle vecina,
oyó que de una casa ceceaban
y que, abriendo la puerta, le llamaban.
Determinó acercarse
porque era voz de femenil persona
la que el lance ocasiona,
y sin dudar, a tienta
de uno en otro aposento,
callado y sin candil, dejó guiarse
hasta que, al parecer, llegó la dama
donde estaba la cama
y le dijo: —Desnúdate, bien mío,
y acostémonos pronto, que hace frío.
El guardia la obedece
metiéndose en el lecho que le ofrece,
cuyo calor benéfico al momento
le templó el instrumento,
y mucho más sintiendo los abrazos
con que en amantes lazos

la dama que le entona,
expresiva y traviesa, le aprisiona.
Entonces, atrevido,
intentó la camisa remangarla
y rijoso montarla;
mas quedó sorprendido
al ver que ella obstinada resistía
la amorosa porfía,
y que, si la dejaba,
también de su abandono se quejaba,
hasta que al fin salió de confusiones
oyendo de la dama estas razones:
—¿Cómo te has olvidado
del modo con que habemos disfrutado
siempre de los placeres celestiales?
¿Los deleites carnales
pudiera yo gustar inicualemente
cuando mi confesor honestamente
sabes que me ha instruido
de cómo gozar debe el elegido
sin que sea pecado?
¡Pues bien que te has holgado
conmigo en ocasiones
sin faltar a tan puras instrucciones!
El guardia, deseando le instruyera
en lo que eran delicias celestiales,
dejó que dispusiera
la dama de sus partes naturales;
y halló que su pureza consistía
en que el varonil miembro introducía

dentro de su natura
por cierta industriósísima abertura
que, sin que la camisa se levante,
daba paso bastante,
como agujero para frailes hecho,
a cualquier recio miembro de provecho.
Con tal púdico modo
logró meter el guardia el suyo todo,
gozando a la mujer más cosquillosa
y a la más santamente lujuriosa.
Mientras los empujones,
ella usaba de raras expresiones,
diciendo: —¡Ay, gloria pura!
¡Oh celestial ventura!
¡Deleites de mi amor apetecidos!
¡Ay, goces de los fieles elegidos!
El guardia, que la oía
y a su pesar la risa contenía,
dijo: —Por fin, señora,
no he malgastado el tiempo, pues ahora
me son ya conocidos
los goces de los fieles elegidos.
Al escuchar la dama estas razones,
desconoció la voz que las decía;
mas, como en los postreros apretones
entorpecer la acción no convenía,
exclamó: —¡Ay, qué vergüenza! ¡Un hombre extraño...!
¡No te pares...! ¿Se ha visto tal engaño...?
¡Ángel del paraíso...! ¡Qué placeres...!
¡Ay, métemelo bien seas quien fueres!

